

MARTÍN PIQUÍN Y LOS BUSCAPLEITOS DE LA ESCUELA



Mi nombre es Martín Piquín y cuando nací mi piel era color ají seco, eso cuentan. Es que los miembros de la familia Piquín somos algo rabiosos y enojones, y mi papá dice que eso viene con la sangre. Pero por suerte, según mi mamá, también tengo su cuota de la familia Horchata, por lo que en mis venas corre algo entre frío y caliente. Entonces, como habrán podido deducir, me llamo Martín Piquín Horchata. Y esta es mi sabrosa historia (no se piquen con ella, ¿ok?), que parte con un dato algo antiguo.

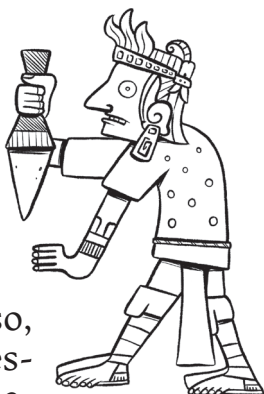
Para los que estudiamos la historia de nuestro país (yo no, pero igual lo vi en la tele), sabemos que hace muchos, muchos, pero muchos años atrás (cuando los Piquín eran Pasilla), existían unas guerras llamadas “Guerras Floridas”. En ellas, los dueños de las florerías se tiraban bombas de agua entre ellos... y los buscapleitos de la escuela.

No. Mentira. Cayeron.

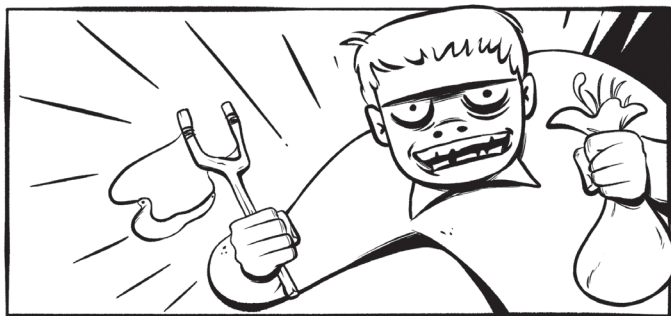
En las Guerras Floridas, el jefe de un reino estaba convencido (como si nada) de que los superdioses necesitaban sacrificios humanos. Y como no se trataba de reducir la calidad (ni la cantidad) de vida de su reino, tomaban sus armas, decían “hoy vuelvo tarde, no me esperen a cenar” y salían a hacerse de prisioneros del reino vecino, que no los querían mucho de ellos. Y cuando regresaban con alguno, el sacerdote del Sol le sacaba el corazón al prisionero frente a todos. Un cora-



zón que era considerado como una flor (bueno, algo sanguinolenta) capturada en la... Guerra Florida. ¿Captan la metáfora?



Si esto les parece horroroso, debo comentarles que en mi escuela existe algo peor. Porque entre el alumnado hay más de un gil que goza cazando. Pero no con mazos, sino con otras armas: escupitajos verdes, patadas aparatosas, cachamales, empujones a diestra y siniestra, insultos variados y, para que luego no digan que no han innovado, todo tipo de campañas virtuales-internéticas destinadas a aplastar el amor propio de sus víctimas. Ya saben, mala onda todo el tiempo. Un problema grave, ¿cierto? Por eso, la pregunta de rigor es: y ahora, ¿quién podrá defendernos? Ni un chapulín 2.0, creo.





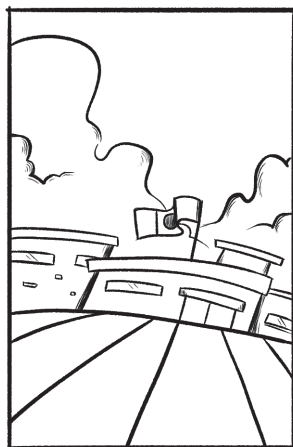
Pero antes de seguir, creo que es necesario hacer una introducción. Por si no lo sabían, soy un destacado alumno de la escuela secundaria República de Chile. Y esto es obvio, porque todos los Piquín han pasado por sus aulas. Como dice mi papá: “No hay mejor lugar para un Piquín que uno que se llame Chile”, y por supuesto tiene toda la razón. Entonces, gran parte de mi existencia transcurre en este templo del saber, estudiando duramente y obteniendo las mejores calificaciones. Bueno, lo

intento, pero a veces no lo logro. Ni de chiste. Pero me esfuerzo (ni tanto, pero igual). Mis mejores amigos sí que destacan en clases, por lo que entran en la categoría *nerd*. Uno es Maximiliano Aguilar y le dicen Max (y también *nerd*, obvio). Su pasión son las computadoras, y cuando se va la luz, él se pone de inmediato en modalidad “ahorro de energía”. Pero por suerte esto pasa poco (lo mismo que cuando no hay servicio de Internet) así que generalmente está vivito y coleando. Y pensando mucho. Los maestros lo aman, aunque muchos compañeros lo detestan porque creen que es un chupamedias, un patero. Pero a Max eso no le importa, porque sabe que en el futuro será millonario informático, tendrá un helicóptero, un jet y un acuario con tiburones. Entonces, si lo molestan, se imagina al molestoso chapoteando por su vida dentro de su acuario. Y luego pone su rostro de “no te entiendo, güey”.

Max no tiene problemas de autoestima.

Mi otro cuate es Ortiz, Cristián, más conocido como el Piel de Paloma. ¿Les parece un alias extraño?

Pues sí, y esta es su historia: cuando éramos pequeños, el maestro nos preguntó una vez: “¿Con qué se vestían los hombres primitivos?”. Adivinen qué respondió Ortiz. Parece que aquel día no había desayunado el pobre. Desde entonces le dijeron el Piel



de Paloma, pero en vez de deprimirse, mi amigo decidió que sería el más experto del mundo en temas prehistóricos. Y se lo tomó tan en serio que mientras nosotros jugábamos bolitas, él estudiaba a los dinosaurios. Y además juntó kilos de fósiles. Y también leyó montones de libros. Y yo creo que en toda la ciudad no hay nadie, aparte de él, que sepa qué diablos es un *Domeykodactylus* o un *Metriorhynchidae*. Pero igual lo seguían molestando, hasta que fue invitado a un programa de televisión que pone a prueba los conocimientos de las personas. Y respondió a todo lo que le preguntaron sobre bichos prehistóricos. Y no solo eso: también contó la anécdota de la piel de paloma, lo que funcionó como un antídoto. Total, así dejaba en

claro que el mote aquel lo tenía sin cuidado. Desde ese día volvió a ser Ortiz, aunque entre los amigos seguimos llamándolo el Piel. Así suena más rudo y más bacán.

Y ahora vengo yo, aunque a mí nadie me molesta. Con apellidarse Piquín basta y sobra, aunque tengo una teoría de por qué me tienen respeto. O, más bien, temor. Y esa razón se encuentra frente a nuestra escuela, cruzando la calle. Allí viven mis guardaespaldas ninjas.

No. Mentira. Cayeron.

Allí se encuentra un local de comida al que todos los chavos de la escuela van a gastar sus mesadas cuando les da hambre. Se llama El Taco Loco y su propietario es mi tío, Aldo Piquín. Y no es que lo vayan a hacer, por supuesto que no, de veras, pero nadie quiere que su taco de bistec esté escupido por haber molestado al sobrino del dueño. O que el taco de pastor incluya algún corpúsculo pegajoso de contrabando, salido de mi bella nariz. Por eso todos me llaman Piquín, a secas. Y nadie se mete conmigo. Gracias, tío.

Entonces, resumiendo: Max, el Piel y yo somos como uno. Y aparte de conformar un grupo de rock (de eso les contaré luego), nos protegemos mutuamente cuando se declara una guerra. El problema es que hay otros del curso que no tienen esa suerte. Y uno de ellos es el Piñata.